

## UNA APROXIMACIÓN A LA VIDA COTIDIANA EN ÉPOCA ROMANA: LA VILLA DE MATABUEY (NAVA DE LA ASUNCIÓN)

Raúl Martín Vela  
Director del Proyecto de Investigación Villa de Matabuey  
(Eresma Arqueológico)

A lo largo de las últimas campañas arqueológicas llevadas a cabo en el yacimiento romano de Matabuey, hemos podido desenterrar algunos de los secretos ocultos bajo el terreno y que nos hablan de la forma de vida de las gentes romanas asentadas en el municipio de Nava de la Asunción hace casi 2000 años.

Matabuey se nos muestra como una residencia perteneciente a la élite romana que ocupó este sector del territorio de una manera muy concreta y específica. Pero ¿qué es una *villa* romana? Pues a grandes rasgos, se trata de vivienda de carácter rural que constituye una gran propiedad agrícola y ganadera. Con el tiempo, las villas, tomarán en residencias pertenecientes a la aristocracia romana, que no dudan en dotarlas de todo tipo de lujo y confort, como son los suelos de mosaico, ricas pinturas murales, habitaciones calefactadas, termas, saunas etc. En definitiva, eran ostentosas mansiones asentadas en el campo, que contrastaban con los bloques de vivienda, denominados *insulae*, donde vivía la plebe.

La complejidad de las villas romanas, en cuanto a su organización, suscitaron desde sus orígenes, toda una serie de referencias literarias, recogidas por autores romanos como Columela, Marco Terencio Varrón, Plinio el Joven o Vitruvio. En la mayoría de los casos, todas cumplen casi los mismos requisitos: en primer lugar, su ubicación cerca de una vía de comunicación. En Matabuey, se da la circunstancia de la proximidad de la Vía XXIV recogida en el Itinerario de Antonino de Ravena y que, en este sector del territorio, comunicaba las ciudades de Cauca y Segovia. Otra característica fundamental, es su proximidad a uno o varios puntos de agua, que permitían surtir de este vital y líquido elemento a los habitantes de la *villa*. En este sentido, a escasos 80 metros de la edificación, circula el Arroyo Balisa, pero también, se dan cita en el entorno inmediato, pequeñas lagunas, navas y bodones que fueron también determinantes a la hora de la elección del emplazamiento.

Con estos mimbres, Matabuey se erige como una “villa de peristilo”, es decir, una residencia articulada en torno a un patio central, muy posiblemente ornado con todo tipo de plantas rodeando el *impluvium*, una especie de pileta o estanque ideado para recoger agua de lluvia que era aprovechada y distribuida por la casa a través de una red de canalizaciones subterráneas.

Las intervenciones arqueológicas, han revelado la existencia de numerosas estancias articuladas en torno a un pasillo deambulatorio que rodea ese patio central. Destaca la denominada Estancia I, con unas dimensiones que exceden los 100 m<sup>2</sup>. Las evidencias materiales detectadas en su interior, nos informan como las paredes de esta sala estuvieron decoradas con pinturas murales, además de un suelo de mosaico elaborado a partir de motivos vegetales y geométricos. Dadas sus dimensiones y características, estamos en disposición de interpretar esta gran habitación como el *triclinium*, un suntuoso comedor donde el señor de la villa agasajaba a sus invitados. Una buena prueba de esa ostentación, además de las dos placas de mosaico recuperadas, son los restos de los manjares consumidos en Matabuey, destacando las ostras que fueron servidas en uno de los banquetes celebrados en esta estancia. Todo

un producto de lujo, especialmente si tenemos en cuenta lo alejada que nuestra villa se encuentra de la costa. Basta con imaginarnos el transporte de estos bivalvos a lo largo de cientos de kilómetros, con los medios de los que se disponían por entonces, para hacernos una idea de las posibilidades económicas que disponían algunos miembros de la selecta sociedad romana a la hora de permitirse tal dispendio.

En los orígenes de la *villa*, allá por el siglo I después de Cristo, existió un primer edificio dotado de unas termas, a tenor de los restos de un *hypocaustum* presentes. Este tipo de estructura es el antecedente de las glorias castellanas. En Matabuey, este sistema de calefacción caldeaba una estancia que debió de formar parte de un primer conjunto termal, que posteriormente será derribado y arrasado, para dar cabida a la gran mansión que se construirá a partir del siglo II d.C. En el subsuelo de esta habitación, se produjo el descubrimiento de un enterramiento infantil perteneciente a un individuo de no más de 6 meses de edad. El hecho de enterrar a un ser querido en el interior de un hypocaustum, es decir dentro del ámbito doméstico y cotidiano, es algo que a nuestros ojos y mentalidad del siglo XXI puede resultar extraño, pero habitual en la antigüedad, donde este tipo de gestos funerarios destinados a los más pequeños, nos hablan de una serie de patrones bien definidos y aceptados, que determinaban como proceder en caso de defunción, especialmente la que afecta a un sector demográfico tan vulnerable como es la infancia tras el alumbramiento y el posterior periodo de lactancia, momento de mayor riesgo de mortandad, en la que, además, tenía lugar la conformación del aprendizaje cultural y la asimilación del lenguaje, ciñéndose su representatividad social limitada durante este tiempo al mundo doméstico. En caso de fallecimiento prematuro, los más pequeños aún no habrían alcanzado el estatus y reconocimiento social requerido, como para formar parte de una sociedad que reclamaba el concurso de una serie de ritos de tránsito hacia la vida adulta, motivo que explica la presencia de estas inhumaciones dentro de la esfera doméstica, a la cual, por su corta edad, están vinculados. En otras zonas del imperio, este tipo de expresiones funerarias dedicadas a los más pequeños, se encuentran en estrecha asociación con hogares, hornos e hipocaustos, sugiriendo que la presencia de fuego y calor podría haber sido un motivo decisivo a la hora de elegir la última morada, inhumando al recién nacido dentro de un espacio concreto, manteniéndolo, simbólicamente, caliente y protegido. A fin de cuentas, el fuego en el hogar romano estaba consagrado a la diosa Vesta y poseía fuertes connotaciones rituales y espirituales, donde, incluso las llamas de las lámparas eran utilizadas para proporcionar luz en viaje al más allá.

A lo largo del tiempo, la *villa* y sus moradores, serán testigos, y quizás protagonistas, de la Historia que les tocó vivir. El auge y la caída del Imperio Romano en el siglo V de nuestra era, motivada por una crisis que venía arrastrando siglos atrás, conllevó el abandono de esta mansión ocupada durante varias generaciones, cuya herencia cultural vuelve a formar parte de nuestras vidas de la mano de la ciencia arqueológica. En este caso y en su vertiente de decidido compromiso con lo rural, lo hace reivindicando el patrimonio de nuestros pueblos como herramienta vertebradora y dinamizadora frente a eso que ahora llaman la España vaciada.

